

EL BREXIT: UNA DECISIÓN QUE DIVIDE A UN PAÍS Y A UN CONTINENTE

Miguel Ángel Idígoras
Corresponsal de TVE en Londres

RESUMEN:

La decisión británica de abandonar la Unión Europea ha sumido al viejo continente en una incertidumbre económica, política y social no conocida en los últimos años. Muchas son las razones que explican el triunfo del brexit en el referéndum de junio de 2016. Desde el histórico euroescepticismo que se vive en las islas hasta el discurso populista y xenófobo que culpa a la "inmigración descontrolada" de los males del país. Se abre ahora un proceso negociador de dos años entre Londres y Bruselas del que saldrá un nuevo escenario que nadie se atreve a imaginar y que afectará al futuro de los ciudadanos tanto británicos como del resto del continente.

ABSTRACT:

The British decision to abandon the European Union has left the continent in a state of never before seen economic, political and social uncertainty. There are many reasons to explain the victory of brexit in the June 2016 referendum. From the historical euroscepticism that has prevailed to the populist and xenophobic sentiment that accounts 'uncontrolled immigration' for the country's failures. A two year negotiation process is now taking place between London and Brussels from which a new scenario that no one dares to imagine will descend, affecting not only the future of British citizens, but also that of the rest of the continent.

PALABRAS CLAVE: *Brexit. Euroescepticismo. Partido Conservador. Partido Laborista. UKIP. Escocia. Independencia.*

KEYWORDS: *Brexit, Euroescepticism, Conservative Party, Labour Party, UKIP, Scotland, Independence.*

INTRODUCCION

Una de las primeras conclusiones que se puede extraer del triunfo del llamado *brexit* (la salida del Reino Unido de la Unión Europea), es que los plebiscitos populares sobre cuestiones que dividen a un país casi en partes iguales acaban

siendo traumáticos incluso para quienes los ganan. En este caso, al menos, así ha ocurrido.

Es cierto que la "cuestión europea", entendida como el sentimiento euroescéptico que siempre ha existido en el Reino Unido, ha perseguido como una sombra a los primeros ministros británicos desde antes incluso de la

propia existencia de la Unión Europea. Sirva como anécdota ilustrativa aquel famoso titular del *The Daily Mail* que, nada más acabada la guerra mundial y con motivo de la intensa niebla que obligó a cerrar el tráfico marítimo en el Canal de La Mancha publicó en su portada: "Niebla en el Canal, el continente aislado".

No fue por lo tanto David Cameron el primero en encontrarse en el 10 de Downing Street con este problema, con el recelo de buena parte de los británicos hacia Europa. Todos los primeros ministros, de una u otra forma, han acabado sufriendo la niebla del canal, crisis de distinto calado por la "cuestión europea" que han hecho tambalear sus mandatos. Y para algunos, como es el caso de Cameron, ha supuesto incluso la salida de la política.

Entiendo necesario, por lo tanto, recordar aunque sea de manera somera, cómo ha sido el devenir y la evolución de ese euroescepticismo en la sociedad británica a lo largo de los últimos años. Y, en definitiva, cuáles fueron las razones, los motivos que llevaron al primer ministro David Cameron a convocar el famoso referéndum del 23 de junio de 2016 para decidir la permanencia o no del Reino Unido en la Unión Europea. Y cuyo resultado no fue otro que el triunfo de los partidarios de la salida británica (*brexit*) frente a quienes defendieron la permanencia por un 52% de los votos frente a un 48%.

1.- PRIMEROS PASOS EN EUROPA

Tanto el Partido Laborista, en su ala más radical, como la derecha del Partido Conservador mostraron un claro

sentimiento euroescéptico desde la creación misma de la Comunidad Europea. Cuando en 1961 el entonces primer ministro Harold McMillan solicitó la entrada en el incipiente club europeo, le llovieron críticas desde todos los frentes:

El laborismo, con su líder Hugh Gaitskell al frente, lanzó el grito de alarma al entender que se ponía fin a "mil años de independencia de Gran Bretaña". Desde la izquierda radical se veía a la Unión Europea como un gran mercado donde el capitalismo tenía todas las de ganar. E incluso en la derecha *tory*, que recordaba con nostalgia los años dorados del "gran imperio" y la Commonwealth, no se ocultaba que entrar en el club europeo llevaba consigo una cierta carga de traición.

Las reticencias de Francia, entonces con Charles De Gaulle al frente, impidieron sin embargo que Gran Bretaña entrara en la Unión Europea. Tuvo que esperar hasta 1973, con un posterior referéndum en 1975, que respaldó después el ingreso de manera mayoritaria, para dar el paso.

Si algo empujó, a pesar de todo, al Reino Unido a sumarse al proyecto europeo fue sin duda el desastre que supuso la II Guerra Mundial. Aunque Gran Bretaña no llegó a ser invadida por las tropas alemanas, muchos altos mandos militares británicos y líderes políticos de Westminster tenían claro que era necesario sentar las bases de una Europa fuerte para evitar que se volvieran a generar las bases de un nuevo conflicto bélico.

Aunque es cierto que los intereses comerciales primaron a la hora de establecer los primeros vínculos de lo que luego acabó siendo la Unión Europea, no

es menos cierto que la idea de unir definitivamente Europa y alejar así el fantasma de nuevas y devastadoras guerras pesó en el ánimo, especialmente de las potencias que salieron vencedoras del conflicto.

Con el paso de los años el recuerdo de los horrores de la guerra se fue lógicamente desvaneciendo y comenzaron a primar otros intereses. Especialmente los económicos. La Unión Europea, y así se vio desde el Reino Unido, se estaba convirtiendo paulatinamente en una gran maquinaria burocrática que trataba de restar soberanía a cada uno de sus miembros para alimentarse a sí misma. Y llegó el momento del gran enfrentamiento, en 1988, de la entonces primera ministra, Margaret Thatcher, con los dirigentes europeos, a los que acusó de traición. De querer convertir el continente en una gran federación a costa de borrar la identidad de sus miembros. En este caso del Reino Unido.

Margaret Thatcher formaba por aquel entonces un poderoso tándem con Ronald Reagan, presidente de los EE.UU. Sus inclinaciones hacia una economía de libre mercado, cada vez más alejada de lo que podía parecerse a un modelo socialdemócrata de la época, sus enfrentamientos con los sindicatos y los recortes de muchas prestaciones sociales que para la izquierda eran poco menos que sagradas, llevaron a la "Dama de Hierro" al divorcio con el Partido Laborista.

Y esta situación afectó directamente a las relaciones del Reino Unido con la UE. Porque el laborismo, hasta entonces euroescéptico, encontró en el seno de Europa una defensa contra el liberalismo de Thatcher y Reagan. La izquierda británica dio un giro en su manera de ver

y entender la alianza europea y se volcó en su defensa, entre otras razones porque la Europa comunitaria defendía mejor los derechos de los trabajadores.

2.- EL PAPEL DE LA PRENSA

La prensa británica también tomó partido de una manera clara. La mayoría de las publicaciones, muy críticas siempre con el proyecto europeo, no dudaron en poner el acento en los riesgos que para el Reino Unido podía suponer la pérdida de soberanía en materia económica, legal, en el tránsito de personas, etc. Y así ha permanecido, en general, hasta el día de hoy.

Merecería quizá un capítulo aparte analizar el papel que han jugado los medios de comunicación británicos en la victoria del *brexít*. En este sentido me atrevería a decir que sin la crítica continua hacia las instituciones europeas por parte de la prensa escrita, que en el Reino Unido sigue teniendo muchos lectores y por lo tanto gran influencia, el triunfo del *brexít* difícilmente se hubiese dado.

La prensa británica se ha encargado día tras día de alertar de los peligros que acechan detrás de la integración plena en la UE. Ni siquiera el hecho de quedarse fuera del euro aplacó el sentimiento euroescéptico. El temor a perder soberanía en materia económica, a que controlaran su ejército, su pesca, su agricultura, sus leyes y sobre todo sus fronteras ha ido alimentando entre los británicos el sentimiento que les ha llevado a tomar la decisión de abandonar la UE.

En este sentido existe un estudio llevado a cabo por el catedrático de la Universidad de Londres, Neil Thurman (1), de reciente publicación, aunque basado en datos que van de abril de 2015 a marzo de 2016, en el que se asegura que el 89% de los lectores británicos se informa preferentemente a través del papel, es decir, los periódicos impresos tradicionales. El 7% lo hace mediante dispositivos móviles y solo un 4% emplea los ordenadores personales. Según este estudio, los periódicos impresos se leen un promedio de 40 minutos al día, mientras que quienes visitan las páginas web de los diarios solo dedican a estas 30 segundos de media diaria.

Datos sorprendentes que en cualquier caso evidencian la fuerza de la prensa escrita y el relevante papel que ha jugado a la hora de incidir en la opinión pública británica a lo largo de la campaña del referéndum e incluso mucho antes.

3.- LA DECISIÓN DE DAVID CAMERON

No podemos sin embargo decir que la prensa tenga en exclusiva la responsabilidad de lo sucedido. Por mucho que su contribución haya sido valiosa. Sería un error. Debemos preguntarnos por lo tanto, cuáles han sido las razones que llevaron a David Cameron a convocar el referéndum. Qué circunstancias, en su conjunto, incidieron en el líder conservador para que tomara esa decisión.

Varios son los elementos que, en mi opinión, crearon el ambiente propicio para una consulta de profundo calado y

elevado riesgo. Algunos están relacionados entre sí. Otros, sin embargo, son independientes y ajenos a toda coyuntura política o económica.

El primero de ellos, y a mi modo de entender más importante, es el que explica el histórico euroescepticismo de los británicos. Una desconfianza hacia el resto del continente que se remonta casi a los orígenes de Inglaterra y el Reino Unido como país y que tiene que ver con cuestiones que van desde el idioma, la cultura, la religión, la ley y la geografía. Y por muy frívolo que parezca, hasta el hecho de conducir al revés que el resto de los países del entorno, no haber sido invadidos en la historia reciente y haber llevado su concepto de civilización occidental por medio mundo, donde perdura en forma de asamblea de naciones (Commonwealth) que tiene a su reina como jefa de Estado ha generado en su conjunto, un agudo sentimiento nacionalista de difícil gestión para cualquier Gobierno. Y así lo fue para el de David Cameron.

Desde el euroescepticismo siempre se ha alimentado la imagen de un Reino Unido que en solitario ha sido capaz de las mayores y más grandes gestas. Se ha insistido en que las alianzas con Europa no han supuesto más que un lastre. Y quienes así se han manifestado, unas veces con más insistencia que otras, han contado siempre con el apoyo de la prensa, que se ha mantenido a la espera de tiempos mejores que demostraran que la unión de Europa es una quimera de la que el Reino Unido debe alejarse cuanto antes y a toda velocidad.

De hecho una encuesta publicada a primeros de febrero de 2017 por la firma YouGov asegura que el 33% de los británicos opina que la Unión Europea

necesita al Reino Unido más de lo que este país necesita al bloque comunitario. Un 28% se inclina porque ambos se necesitan por igual. Y solo un 17% cree que el Reino Unido necesita más a la UE que a la inversa. Un 8% cree que ninguno se necesita para nada.

Sin embargo en los años 90 del pasado siglo la situación no era esa. Había razones que obligaban a los euroescépticos a relajar su discurso. La Unión Europea avanzaba a velocidad de crucero con el viento a favor de una economía próspera, ajena a la crisis que esperaba agazapada y que terminó por irrumpir de manera dramática y a escala global: Deuda bancaria, bancarrota de grandes empresas, rescate de economías nacionales, crisis financiera, paro...A partir de 2007 el cielo se cubrió de nubarrones y los euroescépticos no dudaron en decir que la tormenta venía del viejo continente, del otro lado del Canal. Las críticas hacia los "arrogantes e ineficaces" líderes europeos fueron ganando fuerza. La masiva llegada de inmigrantes de todo el mundo, muchos de ellos jóvenes de España, Italia o Portugal volvió a ser utilizada por quienes querían despertar el nacionalismo - en este caso ya el ultranacionalismo - de los británicos que creen que solos les irá mejor y que Europa es una pesada carga que solo trae problemas.

4.- EL POPULISMO BRITÁNICO

En este contexto nace el UKIP. El Partido para la Independencia del Reino Unido (*United Kingdom Independence Party*), liderado por Nigel Farage, un personaje que hace de la xenofobia y el

ultranacionalismo su programa político y que exige al Gobierno la inmediata salida de la UE y el control efectivo de las fronteras, impidiendo así el libre tránsito de ciudadanos de la UE.

Aunque el UKIP nace en 1993 como una escisión del ala euroescéptica del Partido Conservador, no consigue grandes resultados electorales hasta 2013, donde obtiene el 25% de la representación en los comicios municipales allí donde concurre. Y ya en las elecciones generales de 2015, en las que se convierte en la tercera fuerza del país, con el 12,6% de los votos, si bien solo consigue un escaño en Westminster debido al peculiar sistema electoral que rige en el Reino Unido.

Su creciente reconocimiento entre el electorado se convirtió sin duda en una amenaza para el Partido Conservador. Así lo veían muchos de sus diputados euroescépticos al escuchar cómo Nigel Farage se dirigía a los votantes con mensajes más claros y contundentes contra la Europa comunitaria que los que se lanzaban desde las propias filas conservadoras.

5.- LA TORMENTA PERFECTA

Se iba formando por lo tanto la tormenta perfecta que empujaría a David Cameron a convocar el referéndum sobre la Unión Europea: El histórico euroescépticismo cobraba fuerza y crecía, empujado por la prensa escrita y por la crisis económica. Europa encarnaba todos los males. Era la responsable, si no de haber generado el desastre, sí al menos de no encontrar la solución. Y lejos de todo esto, enviaba año tras año un número creciente de

inmigrantes a las islas. El UKIP tenía el discurso perfecto para canalizar el descontento no solo de los tradicionales euroescépticos conservadores, también de buena parte de la clase media trabajadora que, aunque votante laborista en muchas ciudades, se dejó arrastrar por el discurso populista y xenófobo y no dudó en culpar a los inmigrantes, y por lo tanto a la UE, de los males del país.

A todo esto hay que añadir que el nivel de prestaciones sociales que reciben los inmigrantes en el Reino Unido es superior a la media europea. Los beneficios por tener hijos, las ayudas a la vivienda, el acceso a la sanidad y la educación públicas o a un salario social se asumen en el país como una obligación del Estado que se sufraga con los impuestos de los ciudadanos. Y éstos han ido viendo en los últimos años el deterioro de buena parte de esas prestaciones. La sanidad se ha masificado, la calidad de los colegios públicos depende del poder adquisitivo de los vecinos del entorno y los salarios se congelan debido al abaratamiento de la mano de obra.

La política de austeridad y recortes se impuso, si bien no tanto como le hubiera gustado al Gobierno conservador de David Cameron y, especialmente, a su ministro de Economía George Osborne. El hecho de gobernar en coalición con los liberal-demócratas de Nick Clegg limitó el freno en el gasto público y se mantuvieron, a duras penas, prestaciones sociales que se entendían básicas.

El UKIP acusó constantemente al Gobierno de Cameron de llevar a cabo una política suicida en materia de inmigración. La constante llegada -sin ningún control, decía el UKIP- de ciudadanos procedentes de países recién

incorporados a la UE como Rumanía o Bulgaria, o la ya numerosa presencia de polacos, fue empleada por los sectores más ultranacionalistas como una de las razones de peso para abandonar la UE y su política de "libre tránsito de personas".

Las imágenes que llegaban de los refugiados que, procedentes de Siria y otros países del Medio Oriente, intentaban llegar a Europa en condiciones inhumanas a través del Mediterráneo, en precarias balsas y con un alto coste de vidas, contribuyó igualmente a fomentar la idea de que Europa y sus gobernantes no son capaces de hacer frente a una crisis que amenaza con desestabilizar a todo el continente.

David Cameron recibió un claro mensaje desde sus propias filas: O se hacía frente al discurso del UKIP con contundencia o el Partido Conservador iba a sufrir en las Elecciones Generales de 2015 para conseguir una mayoría que le diera la posibilidad de gobernar.

Y aquí se despierta, a mi modo de entender, otra fuerza más que se suma a la tormenta ya desatada: la personalidad y la forma de entender la política de David Cameron.

El *premier* británico había ganado en septiembre de 2014 el referéndum de independencia de Escocia y había conseguido neutralizar una clara amenaza para el futuro del país. Pactó la celebración de la consulta con el entonces ministro principal para Escocia, Alex Salmond, y recibió el respaldo del Parlamento para seguir adelante con sus planes. Prácticamente todas las encuestas realizadas en los meses precedentes a la consulta daban como resultado una clara victoria del "no" a la independencia.

A diferencia de España, donde la Constitución aparece como una "ley de leyes" que necesita de un amplio consenso para ser modificada, en el Reino Unido la carencia de una Carta Magna permite al Gobierno llevar a cabo cualquier tipo de iniciativa siempre que cuente con el respaldo de las Cámaras. Así que una vez obtenido el visto bueno de sus señorías, Cameron se lanzó a la organización del referéndum de independencia de Escocia que tanto ansiaban los nacionalistas del SNP (Scottish National Party). Estaba convencido de que las encuestas acertarían y que el rechazo a abandonar el Reino Unido se impondría.

Por aquellas fechas, primeros meses de 2014, los observadores más cercanos al primer ministro comenzaron a atisbar en él una faceta que hasta entonces parecía permanecer oculta: su afición al riesgo político. A jugárselo todo a cara o cruz. Y a asumir las consecuencias, por supuesto. Un rasgo común en muchos políticos anglosajones de clase alta, educados en colegios de élite como Eaton, que actúan con un planteamiento sencillo pero firme: o convences a los demás de que tus ideas son las mejores o vete a tu casa.

El referéndum de Escocia le salió bien. La permanencia en el Reino Unido ganó por un 55,3% frente a un 44,7%. Pero no resultó nada fácil. Unos meses antes de la cita con las urnas las encuestas no estaban tan claras, lo que obligó al Gobierno de Londres a emplearse a fondo. Los laboristas, con el ex primer ministro Gordon Brown, de origen escocés, también participaron activamente contra los argumentos de los independentistas. Se dijo que una Escocia independiente quedaría fuera de la Libra Esterlina, fuera

del Banco de Inglaterra y, lo más importante, fuera de la Unión Europea. Y este fue el argumento que más peso tuvo en el resultado final, tal y como se ha podido ver con el paso del tiempo.

La situación que se vive en estos momentos en Escocia, tras el triunfo del *brexit*, es cuando menos paradójica. Los escoceses votaron contra la independencia para seguir en la UE, y en el referéndum del *brexit* también se mostraron abrumadoramente a favor (62%) de seguir en el seno de la Unión. Sin embargo, ahora se ven obligados a dejar la UE por ser parte de un país que así lo ha decidido. Una delicada situación que ha reavivado la aspiración nacionalista de celebrar un nuevo referéndum de independencia. La ministra principal Nicola Sturgeon, de hecho, quiere anunciar la celebración de un nuevo plebiscito entre el otoño de 2018 y la primavera de 2019: "Antes de que sea demasiado tarde y el Reino Unido haya salido de la UE", ha dicho. La Primera Ministra Theresa May ya ha descartado esa posibilidad. Y aunque el Parlamento de Edimburgo apruebe la celebración de una nueva consulta, es Westminster quien tiene la última palabra. "Una nueva cita con las urnas traería inestabilidad política y económica al Reino Unido. Y más en un momento tan delicado, en plena negociación del *brexit*", ha precisado la premier británica.

En cualquier caso, el reto separatista escocés se solventó a favor de Londres. A Cameron le había salido bien la apuesta. Su figura ganó enteros y su liderazgo al frente del Partido Conservador era casi incontestable de cara a las Elecciones Generales de junio de 2015. Únicamente la "cuestión europea", cómo no, le seguía como una sombra. Dentro de su partido

el ala más euroescéptica reclamaba más contundencia. El UKIP iba ganando terreno gracias a las soflamas de Nígel Farage y la prensa escrita seguía jugando su papel antieuropeo, salvo honrosas excepciones.

En este ambiente y en medio de estas circunstancias, David Cameron decidió repetir la jugada y zanjar, como ya había hecho con el independentismo escocés, el viejo problema de la permanencia en la UE: Habría un referéndum para decidir si el país seguía o no unido a sus socios europeos. Fue su compromiso electoral para los Comicios Generales de junio de 2015. No se fijó una fecha para el plebiscito, pero se dijo que sería antes de finales de 2017.

Y volvió a ganar las elecciones ¡por mayoría absoluta! Cuando las encuestas no vaticinaban ni mucho menos unos resultados semejantes. El Partido Conservador se garantizaba así el control de la Cámara de los Comunes y por lo tanto la continuidad de la política de austeridad que desde unos años antes ya venía aplicando el ministro de Economía George Osborne. Una política contestada por una amplia capa de la sociedad británica, pero asumida con resignación también por una parte no menos importante del país. De hecho la victoria conservadora se cimentó básicamente en la estabilidad institucional y en la lenta pero constante mejora económica de los últimos años.

Si el triunfo del “no” a la independencia de Escocia supuso un importante espaldarazo a la figura, el liderazgo y las políticas de David Cameron, el triunfo en las elecciones generales por mayoría absoluta le afianzó aún más en el 10 de Downing Street. Y lo más importante, le legitimó (había además un compromiso

con el electorado) para convocar el referéndum para la permanencia o no del Reino Unido en la Unión Europea.

Todo hacía pensar que, tal y como se prometió en la campaña electoral, el plebiscito tendría lugar poco antes del final de 2017 y no a mediados de 2016, como así fue. A finales de 2015 no existía una imperiosa demanda popular a favor de la consulta, ni siquiera la “cuestión europea” acaparaba más portadas de las habituales. Los británicos, como la mayor parte de los europeos, trataban de superar los largos años de crisis con temor y recelo. Aunque los datos macroeconómicos apuntaban a un crecimiento incontestable, una parte de los británicos no veía ninguna mejoría. Bien al contrario, comprobaba cómo muchos de los servicios sociales básicos del país experimentaban un paulatino deterioro.

Y aquí entra en acción, lo comentábamos antes, otra de las fuerzas que desatan la tormenta perfecta que empuja hacia el referéndum: el populismo que ve en la inmigración y en la “globalización desmedida” la razón de todos los males.

6.- UNA CAMPAÑA CRISPADA

La campaña del referéndum se desarrolló en un ambiente de creciente crispación. No solo el Partido Conservador se dividió entre partidarios del *remain* (la permanencia) o del *brexít* (la salida). El propio Gobierno de David Cameron se fragmentó. Mientras el Primer Ministro y el titular de Economía, George Osborne fueron firmes defensores de la permanencia, otros miembros del

Ejecutivo como Michael Grove, ministro de Justicia, hicieron sin campaña a favor de la salida de la UE. Incluso el que fuera alcalde de Londres, el conservador Boris Johnson, se convirtió en uno de los líderes de la campaña a favor del *brexit*. El UKIP, liderado por un histriónico Nigel Farage, recurrió sin reparo a mensajes claramente xenófobos y populistas, con grandes carteles en los que se podían ver montajes de largas columnas de refugiados en una especie de marcha imparable hacia las fronteras del Reino Unido.

El Partido Laborista, fiel a su tradición europea, se volcó en la campaña a favor del “sí”, de la permanencia en la UE. Su líder, Jeremy Corbyn, quien en otra época fue un duro crítico de la política de Bruselas, tenía claro que en esta ocasión había que apoyar un proyecto común para el viejo continente del que el Reino Unido debía formar parte.

En un mitin de marcado carácter social, en el *Senate House*, en el centro de Londres, Corbyn defendió la necesidad de continuar en el bloque europeo para proteger los derechos de los trabajadores, el medio ambiente y a los consumidores británicos. *“El Partido Laborista está abrumadoramente a favor de quedarse, porque creemos que la Unión Europea ha traído inversión, empleos y protección para los trabajadores, los consumidores y el medio ambiente, y ofrece la mejor opción de cumplir con los desafíos que afrontamos en el siglo XXI”*.

No faltó sin embargo quien, desde las propias filas laboristas, acusara a Corbyn de no emplearse a fondo en esta campaña y de no haber dejado claro el mensaje del laborismo en un tema tan fundamental.

Incluso el propio presidente entonces de los EE.UU. Barack Obama pidió el

apoyo a la permanencia en un artículo publicado en el *Daily Telegraph*, donde dejó claro que si el Reino Unido abandonaba la UE se pondría “en el furgón de cola de los países que quieren llegar a acuerdos con Estados Unidos”. Muy pocos, por no decir nadie, sospechaban entonces que quien sustituiría a Obama en la Casa Blanca sería el republicano Donald Trump, un duro crítico de la Unión Europea, partidario del *brexit* y que lo primero que haría al tomar posesión de su cargo sería abrir las puertas de Washington al Gobierno de Londres.

A medida que se acercaba la cita con las urnas la campaña se fue endureciendo. Quienes estaban por el “sí” insistían una y otra vez en la debacle económica y las graves consecuencias que la salida traería para el país. Los partidarios de irse, por el contrario, lo hacían reivindicando más soberanía para el Reino Unido y más control de sus fronteras, es decir, de la inmigración.

La crispación en los debates de tv, en la prensa escrita y en los medios en general alcanzó su máxima expresión días antes del referéndum con el asesinato de la diputada laborista Jo Cox, de 42 años. Una firme defensora de la permanencia que perdió la vida en la localidad de Birstall, en el norte de Inglaterra, tras ser apuñalada y tiroteada a plena luz del día por Thomas Mair, de 52 años. Un individuo que al parecer había tenido problemas mentales y estaba relacionado con grupos nazis en el Reino Unido.

Casada y madre de dos niños de corta edad, el asesinato de Jo Cox supuso una fuerte conmoción en la sociedad británica. Mucho creyeron, -erróneamente, como luego se vio-, que la muerte de Cox podía suponer una

llamada a las conciencias de los ciudadanos. Especialmente a las de aquellos que no tenían claro, según las encuestas, por cuál de los dos lados se iban a posicionar en la cita del 23 de junio.

7.- TERREMOTO POLÍTICO

En la madrugada del 24 de junio de 2016 supimos que el 52% de los británicos, frente al 49, habían decidido abandonar la Unión Europea. Era el triunfo del *brexít* y el desencadenante de una crisis política sin precedentes en el Reino Unido en las últimas décadas.

La dimisión del Primer Ministro David Cameron no se hizo esperar. El referéndum fue un compromiso que adquirió personalmente y la derrota tenía por lo tanto consecuencias directas sobre él. Solo le quedaba la dimisión. Y la anunció la mañana del mismo día 24 en el 10 de Downing Street. **“No puedo ser el capitán que dirija al Reino Unido hacia su nuevo destino”**, dijo Cameron, al tiempo que comunicó que entregaría su cargo en el congreso del Partido Conservador previsto para octubre de ese año.

Se abrió así la “guerra” por la sucesión entre los *tories*. Todo apuntaba a que el gran vencedor era Boris Johnson. El que fuera alcalde de Londres había destacado en la campaña por el *brexít*. Sin embargo su excéntrica personalidad y algunas “traiciones” de otros diputados conservadores que creían estar en mejor posición que él le apartaron de la carrera.

La elegida finalmente fue la exministra del Interior, Theresa May. Había sido defensora de la permanencia, pero su moderada posición le granjeaba las simpatías de muchos euroescépticos conservadores. Aceptó ser la nueva inquilina del 10 de Downing Street con todas las consecuencias. Y quien creyó ver en ella un resquicio de luz para revertir el referéndum, se equivocó. **“brexit is brexit”**, dijo. Y despejó cualquier duda cuando se comprometió a trabajar en la dirección de lo que habían votado los británicos en las urnas. E incluso se decantó por un *“brexit duro”*, una salida con todas las consecuencias.

El laborismo sufre también desde entonces una profunda crisis. Firme defensor como hemos visto de la permanencia, muchos de sus diputados vieron cómo en las circunscripciones donde habían conseguido su escaño los votantes se habían inclinado en el referéndum por la salida de la UE. La derrota en las Elecciones Generales de 2015, en la consulta sobre la Unión Europea y la falta de liderazgo y cohesión de su jefe de filas Jeremy Corbyn han abierto una profunda crisis de identidad en esta formación.

Muchos políticos laboristas observan con preocupación un cambio radical en buena parte de la clase trabajadora británica. Asidua votante en otras ocasiones de su partido, ha desoído sin embargo las llamadas a favor de la permanencia en la UE y ha preferido optar por la salida. En el campo y en las pequeñas ciudades, pero también en muchos de los cinturones industriales de ciudades medias, el voto ha sido favorable al *brexít*. El miedo a la inmigración ha sido la clave y su desafección al laborismo palmaria.

Y, por muy contradictorio que pueda parecer, incluso en el UKIP se desataron duros enfrentamientos tras la victoria del *brexít*. Contra la lógica que podría imperar en un líder político responsable y coherente, Nigel Farage dimitió como jefe de filas de la formación. Llegó a decir que ya había cumplido su objetivo y que ahora se apartaba para dejar paso a otros al frente del partido. Le sustituyó de manera efímera Diane James, quien comprobó de inmediato que no contaba con los apoyos necesarios para llevar a cabo un liderazgo estable. La deriva de la formación y las luchas internas llevaron incluso al enfrentamiento físico a algunos de sus miembros. Farage, a pesar de todo, sigue siendo su rostro más popular, en busca siempre de mensajes efectistas en los medios, como su visita relámpago a Washington para verse con Donald Trump tras su toma de posesión y su jocosos anuncio ofreciéndose como embajador USA en la UE.

El terremoto social que supuso el triunfo del *brexít* se extendió efectivamente por toda la geografía política británica. Y también la económica. Aunque las consecuencias en este campo no han sido tan inminentes, los nubarrones de la incertidumbre, principal enemigo de la estabilidad financiera, comenzaron a asomarse por la *City* londinense, primer centro financiero de Europa y motor económico de los británicos. Por lo pronto, desde junio de 2016, fecha del referéndum que dio la victoria al *brexít* y marzo de 2017, cuando se escriben estas líneas, la libra esterlina ha sufrido una devaluación del 20% respecto del euro y casi el 30% respecto del dólar.

8.- EL PAPEL DE THERESA MAY

La victoria del *brexít* supuso la dimisión de David Cameron como primer ministro y su sustitución por Theresa May, hasta entonces Ministra del Interior y defensora de la permanencia en la UE. Las dos almas del Partido Conservador, partidarios y detractores de la UE, vieron en ella a una mujer de consenso. Y lo más importante, a una mujer dispuesta a defender el resultado del referéndum aun después de haber votado en su contra.

A los pocos días anunció su intención de invocar el artículo 50 de Tratado de la Unión para iniciar así las negociaciones para la salida de la UE. Y para que nadie tuviera dudas, dejó claro en una conferencia pública que el *brexít* sería “duro”. Es decir, una salida con todas las consecuencias. “Renunciaba” a la permanencia en el mercado único a cambio de recuperar la soberanía sobre las fronteras y el control de la inmigración. Bruselas no le deja otra: no se puede pretender libertad de movimientos de mercancías y capitales y controlar el de las personas.

Tras el triunfo del *brexít* su gobierno se puso manos a la obra para comenzar con las negociaciones. Theresa May entendía que el resultado del referéndum era un mandato para su Gobierno y prescindió del Parlamento. Un iniciativa popular en los tribunales, seguida de varios recursos en instancias superiores, han obligado sin embargo al Ejecutivo británico a solicitar el permiso de las dos cámaras de Westminster. Todo podía haberse quedado en un simple trámite de no ser porque los *lores* decidieron a finales de febrero incluir una enmienda que pedía mantener los derechos de los

comunitarios en el Reino Unido una vez se produjera la salida.

La enmienda obligó a reunirse a los Comunes para debatirla, donde la mayoría conservadora impuso el criterio del Gobierno. Todo quedó en un ligero retraso que no impidió que Theresa May siguiera con sus planes.

A pesar de todo, el paso por el Parlamento ha obligado a debatir y aprobar distintas enmiendas. Y aquí hay que destacar especialmente una que a mi modo de entender puede resultar fundamental. Sobre todo para quienes abrigan aún la esperanza de que el *brexit* pueda tener marcha atrás: Y es que el gobierno de Theresa May se ha comprometido a no firmar el acuerdo de salida definitiva con Bruselas previsto para 2019, si antes no ha obtenido la aprobación de las dos cámaras del Parlamento. Es decir, los diputados de los Comunes y la Cámara de los Lores tendrían la última palabra. Como por cierto han señalado los tribunales.

¿Quiere esto decir que el Parlamento puede decidir dentro de dos años que no hay *brexit*? A mi modo de entender nadie llegará a plantearse esa cuestión abiertamente, teniendo en cuenta que ha sido una decisión aprobada por la soberanía popular de manera directa, pero la retirada definitiva de la UE podría entrar en un callejón sin salida si los distintos grupos parlamentarios entienden que el acuerdo alcanzado con Bruselas lesiona los intereses del país y, en consecuencia, se oponen a su firma.

Hay que tener en cuenta que el Reino Unido se encontrará en 2019 a las puertas de unas nuevas elecciones generales y el escenario político puede ser tremendamente complicado. Y quizá por

eso, adecuado para exponer a la ciudadanía los problemas con toda su crudeza. Y el planteamiento podría ser el siguiente: El Gobierno ha negociado la salida sin escatimar esfuerzos. (Nadie podrá reprochar a Theresa May ni a su Gobierno no haber puesto todo de su parte en la defensa del *brexit*). Los resultados no son positivos para los intereses del país y el Parlamento no acepta el acuerdo. El Gobierno termina su mandato. Hay elecciones generales y las principales fuerzas (conservadores y laboristas) vuelven a plantear una nueva consulta.

Quienes defienden la permanencia del Reino Unido en la UE sueñan con un escenario de estas características. Rebuscado, complicado pero posible. Más si tenemos en cuenta la velocidad a la que se están produciendo los cambios políticos en Europa. Dos años son mucho tiempo en política y nadie se aventura a predecir quiénes van a gobernar en el viejo continente. Qué ideologías van a dominar y cuál va a ser el criterio del nuevo orden mundial que se avecina.

Quienes nos sentimos europeístas sabemos que la actual estructura comunitaria y sus políticas no han dado respuesta a muchas de las demandas de la ciudadanía. Que los populismos se han aprovechado de esas carencias y del contexto de crisis para medrar políticamente. Y que los nacionalismos acechan detrás de cualquier referéndum para, en nombre de la democracia, levantar de nuevo las fronteras que tanto han costado derribar.

9.- UN FUTURO LLENO DE INCERTIDUMBRE

Dos son ahora, a mi modo de entender, las preguntas básicas que se plantean tras la victoria del *brexít*: la primera de ellas **es cómo se va a llevar a efecto la salida definitiva del Reino Unido de la Unión Europea**. Y la segunda deriva lógicamente de la primera: **¿Cuáles van a ser las consecuencias que la salida va a tener tanto para los británicos como para el resto de ciudadanos europeos?**

Días antes de la celebración del referéndum el diario británico *The Guardian* publicó un informe oficial del Gobierno de David Cameron realizado por funcionarios especializados en la materia, en el que se advertía de que el abandono del Reino Unido de la UE daría paso a un complejo proceso de salida y crearía una década de incertidumbre. Los servicios financieros, la industria del motor, la agricultura y la vida de millones de británicos que viven en Europa se verían afectados con el *brexít*.

Los autores del informe destacaban la imposibilidad de concretar la salida en dos años, tal y como se recoge en los tratados. Y es que quienes tienen un conocimiento más profundo de los procesos burocráticos de la UE aseguran que la decisión tomada por los británicos en referéndum no significa el final de un proceso, si no el comienzo. Se calcula que habría una década, o quizá más, de profunda incertidumbre. Porque ese sería el tiempo que necesitaría el Gobierno de Londres para retirarse de la UE y cerrar nuevos acuerdos comerciales con otros países. Según el informe, la única base legal para la salida es el Artículo 50 del tratado de la UE y no existe ningún

precedente, por lo que se antoja complicado que en dos años se pueda llevar a cabo una negociación de manera exitosa. Y para ampliar ese periodo se requiere un acuerdo unánime con los otros 27 miembros de la Unión.

Añaden los autores del citado informe que la salida británica significaría tener que desenredar todos los derechos y obligaciones que el Reino Unido contrajo durante su ingreso en la UE y a lo largo de los 40 años de participación.

El *brexít* afectaría directamente a la *City*, centro económico y financiero por excelencia. La salida de la UE podría provocar que 10.000 puestos de trabajo y 1,8 billones de activos del sector bancario y financiero británico se trasladen a los otros 27 países miembros. Según el centro de estudios europeo Bruegel, si al final de las negociaciones en 2019 el Reino Unido sale efectivamente del mercado único europeo como ha prometido el Gobierno británico, los bancos perderán el llamado "pasaporte financiero" que les permite operar en la UE desde territorio británico y tendrían que desplazar parte de su actividad al suelo comunitario para poder seguir operando en el mercado único.

Muchos analistas aseguran, sin embargo, que las entidades podrían escoger como destino Nueva York, principal plaza financiera mundial. Una sospecha que comparten también diversas fuentes del sector bancario europeo.

En definitiva, a partir de ahora se abre un largo proceso de negociación que nadie de momento se aventura a predecir cómo va a ser. Solo se sabe que va a generar una profunda incertidumbre, el peor

escenario para la estabilidad económica y política de un país y de todo un continente.